

**OSWALDO ESTRADA.**

***LAS LOCAS ILUSIONES Y OTROS RELATOS DE MIGRACIÓN.***

AXIARA EDITIONS, 2020. 112 PP.

Galardonada con el Premio Feria Internacional del Libro Latino y Latinoamericano en Tufts (FILLT) 2020, esta segunda colección de cuentos posiciona al peruano-americano Oswaldo Estrada como una de las revelaciones del llamado New Latino Boom. Este movimiento engloba a los escritores hispanoamericanos que escriben en español desde los Estados Unidos e incluye plumas de reconocimiento como las de Santiago Vaquera-Vásquez, Nadia Saavedra, Pedro Medina León, Melanie Márquez Adams y Keila Val de la Ville entre otras. A semejanza del Boom latinoamericano, también se trata de un movimiento continental donde el variado lugar de origen de sus autores –del Cono Sur al Caribe– encuentra un punto de coincidencia en el territorio estadounidense, un destino tan diverso y amplio como los distintos puntos de partida.

Este vaivén migratorio –entre el origen y el destino–, además del tema central del texto, es también la sustancia de la palabra ilusión. De acento autobiográfico, “Las locas ilusiones” es justamente el cuento que abre la obra y que da el título a la colección porque ilusión es una palabra que evoca la tensión entre la ansiedad y la esperanza, entre el padecimiento de un cuerpo y la fuerza de un sueño. Los doce relatos que conforman este texto dan cuenta de los muchos caminos entre el lugar de origen y la llegada/estancia en los Estados Unidos. Tres de ellos ya habían aparecido en su primer cuentario *Luces de emergencia* (2019) y aquí adquieren una segunda vida con otros textos que abordan el tema de migración. A modo de apéndice, también aparecen en el libro tres cuentos reconocidos por el jurado: “Bay Ridge” de Rocío Uchofen, “Buscando al Cheo” de José A. Serna y “Ruta 17” de Freddy Amílcar Roncalla.

Si bien la llamada “literatura latina” aborda temas de constante negociación de lugar, de lengua y de identidad, no necesariamente trata la experiencia migratoria de manera directa puesto que la mayoría de sus autores pertenecen a la segunda o tercera generación, con lo cual no son inmigrantes, sino sus hijos y sus nietos. De hecho, la academia estadounidense suele incluirla en los departamentos de inglés; por lo cual, que su diálogo más intenso se establece con la literatura angloamericana. El New Latino Boom, en cambio, mantiene el nexo con la literatura que se produce en América Latina, y muchos de los autores además de publicar en Estados Unidos, publican también en sus lugares de origen o en otras latitudes, incluida España.

Aunque todos los personajes de la colección son migrantes de algún tipo, la variedad del tránsito es tan amplia que admite diferentes criterios de clasificación. Hay inmigrantes que llegan legalmente al país con documentos en regla: nacidos en Estados Unidos, pero criados en Latinoamérica, como es el caso de “Las locas ilusiones”, “El último zarpazo” (el personaje del marido) y “Las manos de papá”. O llegan con otros documentos: ya sea como refugiados en “Ganar la guerra”, con visa de turista en “Assisted Living” y “Un traguito de Benadryl” (el personaje de la madre), o por una lotería de visas, como vemos en “El otro mar”. O bien con una *green card* como observamos en “Los sueños de la razón”. En este amplio abanico de posibilidades migratorias, hay protagonistas que se casan por conveniencia, o llegan a Estados Unidos con pasaporte falso: “El último zarpazo” (el personaje de la esposa). Entre los indocumentados, aparecen en alto relieve los habitantes de “La última frontera”, “Un traguito de Benadryl” (el personaje de la niña) y “El hombre y el mal”. Además hay en el texto otros personajes de los que no sabemos su condición migratoria y que parecen flotar en el aire: “Náufragos en la ciudad” y “Los columpios”.

No en vano Estrada utiliza un poema de Ida Vitale como epígrafe de todo el libro en cuya primera estrofa dice:

Están aquí y allá: de paso,  
en ningún lado.  
Cada horizonte: donde un ascua atrae. Podrían ir hacia  
cualquier fisura.  
No hay brújula ni voces. (*Ilusiones* 12)

Así aparecen los personajes de este texto, en medio de *aquí y allá*, estando a medias o no estando en ninguna parte, en una serie de cuentos que combinan lo real y lo inventado. El mismo autor lo aclara en el prefacio: “Los relatos en este libro confunden a propósito las líneas de la vida y la ficción para hablar por aquellos que no pueden hacerlo: los migrantes que cruzan playas y desiertos siguiendo una loca ilusión”. A medida que pasamos de un cuento a otro, de las fisuras oímos las voces reales de tantos hombres, mujeres y niños, y el texto se convierte en una frágil brújula para entender esta inestable condición donde algunos llegan por aire, otros por agua, los muchos por tierra, pero siempre pasando por fuego; y todos, y cada uno de ellos, con horizonte y con ascua. Al tablero aséptico de estatus y documentos de la Agencia de Servicios de Migración y Naturalización (la migra), con sus puntos y sus íes, estos relatos dan músculo, sangre y voz; y el efecto es, justamente, el entramado vital y complejo que estas leyes imponen en los migrantes.

Además del estatus migratorio hay que agregar un doble pasaje: porque, más allá de los territorios y los trámites, también se peregrina en la cultura y en las lenguas. Y de pronto, se extraña el remedio casero de la abuela y se desconfía de la prescripción médica. Es lo que vemos en “Los sueños de la razón”, donde el protagonista: “Sabía que en los veinte minutos de consulta hurgarían en su vida para mandarlo a un loquero. Y eso sí que no. Ni de chiste se sentaría en un sofá para contarle su vida a un desconocido. Aunque llevara años en este país de terapias y ejercicios para nutrir la mente y el espíritu, seguía pensando, como su madre y toda su familia, que sólo los locos van al psiquiatra” (52). A fin de cuentas el personaje cede y se somete a terapia, pero no sin antes esforzarse en levantar de las profundidades el ancla cultural aquella que llega hasta el lugar de origen.

Lo mismo sucede con la lengua materna a la que se le han de sumar los modismos de las patrias hermanas. Y con esos compañeros migrantes de otras tierras hay que aprender la lengua ajena, el inglés, el idioma del patrón. Ya en esta ruta, aún los más avanzados, padecerán la extranjería eterna del acento, como lo explica el protagonista de “El otro mar”:

Me fastidia que la gente quiera averiguar de dónde soy apenas abro la boca, cuando mi nombre les crea cierta molestia en la lengua y el paladar. O cuando descubren en mi aspecto foráneo los vestigios de imperios autóctonos, como los que han visto en algunas revistas.

Se les iluminan los ojos, abren ligeramente la boca, se alegran de haberme encontrado. Otras veces mi origen les confunde. Eso está cerca de Guatemala, ¿no? ¿O del Salvador? Soy benevolente. Mi país está en América del Sur, explico en cámara lenta. Pronunciando bien las palabras. Trazando en el aire un mapa elemental para hacerles la vida más fácil. Los más ágiles hacen como que entienden. Pero los negados sonríen con dificultad, maldiciendo la hora en que se les ocurrió hablarme. (64-5)

No sorprende, pues, que algunos de los personajes, aunque caminen en un parque, parezcan flotar sobre una ciudad ajena como la pareja de “Náufragos en la ciudad”, cuento donde la enfermedad terminal se impone sobre el amor. Y en “Los columpios” las nanas/chachas dejan a sus propios hijos para cuidar a los hijos de otros, concluyendo: “Nosotras somos como los columpios que van y vienen, que suben y bajan de aquí para allá. Los niños crecen y se olvidan de una. Vente nomás un sábado, un domingo, y verás que tengo razón” (63). Esa maternidad transferida es tan pasajera como el amor de aquellos enamorados que no pudieron convertir la banca de los besos en la tabla de salvación. Aquí no hay asideros, sino naufragios; y en el mejor de los casos, columpios. O si algunos migrantes afortunados parecen tener sus asideros, estos quedan en otras tierras. Como en otras tierras está la cultura literaria de estos autores del New Latino Boom.

Vuelvo a los Booms: creo que la acusación de marketing que cayó sobre el primer Boom se queda cortísima para explicar este movimiento literario de alcance continental y que tras él se atisba, genuino, el sueño de Bolívar de hermanar a la América española, de contarla entera y junta. En la *Historia personal del boom* (1972) del chileno José Donoso se narra la figura del chasqui, aquel mensajero inca que era capaz de correr en relevos llevando el mensaje. Narra Donoso cómo Carlos Fuentes sirvió de chasqui para *El obsceno pájaro de la noche* (1970) y cómo cada encuentro entre autores servía para activar el intercambio literario con este rudimentario sistema de apoyo y promoción. Este autor-chasqui llevaba las novelas del otro y así los congresos, los encuentros literarios y las clases se volvían el punto de partida del chasqui, de suerte que las novelas iban poco a poco dándose a conocer en todo el continente. Ese compañerismo incluía mencionar a los otros autores del Boom en entrevistas y clases.

También el New Latino Boom posibilita una *communitas* de afectos y chasquis digitalizados. Basta escuchar las entrevistas de varios autores de esta nueva ola literaria para descubrir no sólo la referencia al colega escritor, sino el intenso intercambio que hace que un peruano en Estados Unidos conozca a fondo la literatura mexicana actual, y que una mexicana en California lea voraz la narrativa ecuatoriana. Estrada ha declarado en repetidas ocasiones su admiración por la escritura de Rulfo y se nota en cierta oralidad controlada, en la construcción sintáctica simple y evocativa, pero nunca sentimental; y también, como en *El llano en llamas* (1953) el dolor se cuenta con un cristal y una luz en cada mano. Así se amplía con vigor la cultura literaria y se renueva el alcance continental del primer Boom, pero con una variante: la inclusión de la América sajona; y allá donde el sueño de Bolívar fue aliento, ahora es la ilusión contenida en *Nuestra América* (1891) de José Martí la que opera como sustrato seminal del New Latino Boom.

En *Las locas ilusiones y otros relatos de migración* circulan las variantes de la experiencia migratoria, pero también esta entrega nos da el cierre emocional de quien salió ilusionado siendo un niño en el primer cuento (“Las locas ilusiones”) hasta el adulto que vuelve al entierro del padre a echar un puñado de tierra y rencor sobre el féretro en el último (“Las manos de papá”), desde la vida hasta la muerte, desde la piedra fundacional hasta el páramo del padre ausente y donde la experiencia migratoria está hecha de vida y ficción, de músculo y sangre. Y el círculo se cierra y es quizá este balance de ética y estética, pero sobre todo de vida y verdad, lo que Estrada nos entrega como un cuenco entre las manos donde se halle su gesto más rulfiano.

Irma Cantú

Texas A&M International University